

REVISTA DE LA CEPAL 94 • ABRIL 2008

PALABRAS CLAVE

Historia económica
Política económica
Capitalismo
Sistemas económicos
CEPAL
Prebisch, Raúl
Desarrollo económico
Política de desarrollo
América Latina
Argentina

La CEPAL

en su contexto histórico

Tulio Halperin

Esta conferencia destaca rasgos de la situación colonial de América Latina que condicionaron el desempeño económico y social de la región en el siglo XIX y principios del XX. Trata con particular detalle el caso argentino, encontrando en los sucesos posteriores a la primera guerra mundial y de inicios de la segunda, antecedentes de la formación y experiencia de Raúl Prebisch, quien 30 años después imprimiría a la CEPAL sus características fundamentales. Examina las ideas aportadas por la CEPAL al debate sobre el desarrollo latinoamericano y la evolución de los países que aplicaron algunas de ellas; también las circunstancias externas e internas que desde mediados del decenio de 1970 mutaron el entorno en que se aplicaban las políticas de desarrollo. Por último, señala los cambios más recientes en la situación económica mundial y el papel de la CEPAL en la defensa de las ideas de libertad, bienestar y tolerancia, esencia de la civilización moderna.

Tulio Halperin
Profesor Emérito,
Departamento de Historia,
Universidad de California, Berkeley
✉ halperint@berkeley.edu

Cuando, enterado del propósito de invitarme a dictar la séptima Cátedra Prebisch, comencé a considerar de qué modo podría no decepcionar del todo a quienes habían decidido conferirme ese honor algo abrumador, suponía ya que al escoger en esta oportunidad a un historiador, la CEPAL esperaba de él algo distinto de lo ofrecido por quienes antes la habían ocupado. No podía entonces buscar inspiración en las contribuciones de quienes, desde Celso Furtado hasta Fernando Henrique Cardoso, tuvieron gravitación a ratos decisiva en la etapa latinoamericana en la que se inscribe la trayectoria de la CEPAL, ni en las de Joseph Stiglitz y Dani Rodrik, eminentes economistas ambos que pueden por lo tanto intervenir con singular autoridad en debates en los que la prudencia me prohíbe aventurarme. Conté a cambio de ello con la indicación de José Luis Machinea, quien en su carta de invitación expresaba la esperanza de que mi presentación contribuyera a “la comprensión de las tendencias de larga duración y la evolución de los fenómenos societales que constituyen el sustrato de funcionamiento de los países de la región”, y es eso lo que intentaré lograr aquí.

Lo primero que se hace claro al adoptar esa perspectiva es que el proyecto de la CEPAL intenta articular una respuesta adecuada a la etapa latinoamericana en la que ese proyecto vino a formularse a una pregunta ya vieja de dos siglos, que en su origen había buscado hallar la clave para lo que se llamaba ya entonces el atraso de las comarcas del Nuevo Mundo conquistadas por Castilla y Portugal e integradas en sus imperios ultramarinos, e iba a buscar inspiración para ello en una ciencia nueva, que abandonando las perspectivas trascendentes que habían colocado a la metafísica a la vez en la base y en la cima de la enciclopedia del saber, volvía su atención hacia el que un ya entonces anticuado lenguaje aristotélico designaba como el mundo sublunar, en la esperanza de que un más preciso conocimiento de esa esfera mundana le revelara cómo introducir en ella modificaciones que hicieran menos dura la existencia de las sociedades humanas. Bajo esa inspiración radicalmente renovada surgió en el siglo XVIII la economía política, que desde que alcanzó su primera formulación sistemática en la obra de Adam Smith se encaminó a ocupar un lugar cada vez más central en la enciclopedia de los saberes modernos.

Pero ya antes de que en 1776 viera la luz la obra que Smith consagró a indagar la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones, los problemas que afrontaban en este campo los imperios ultramarinos de España y Portugal habían comenzado a ser abordados en el espíritu de los nuevos tiempos por quienes tenían a su cargo administrarlos, y advertían con creciente claridad que las prácticas que le habían permitido atravesar casi sin campo los imperios ultramarinos de España y Portugal habían comenzado a ser abordados en el espíritu de los nuevos tiempos por quienes tenían a su cargo administrarlos y advertían con creciente claridad que las prácticas que le habían permitido atravesar casi sin daño más de dos siglos, a lo largo de los cuales rivales cada vez más formidables no habían cesado de irrumpir primero en la escena europea pero cada vez más también en la ultramarina, estaban perdiendo vertiginosamente su pasada eficacia.

Era precisamente la conciencia de la fragilidad creciente de los imperios ibéricos la que impulsó a quienes los administraban a abrirse a las nuevas perspectivas que iban a sistematizar la economía política, bajo cuya inspiración esperaban madurar estrategias capaces de reemplazar con ventaja a las que se revelaban cada vez más insuficientes. Cuando se ve retrospectivamente la relación que los gerentes de ambos aparatos imperiales establecieron con esa disciplina entonces naciente no es difícil reconocer ya en ella los rasgos que iban a definir la que la CEPAL iba a establecer con ella en el siglo XX, y es fácil también reconocer tras de esos compartidos rasgos la gravitación del lugar periférico desde el cual tanto aquellos como esta contemplaron el sistema económico cuyas normas de funcionamiento buscaba desentrañar la nueva disciplina.

En efecto, mientras desde el centro de ese sistema naciente la construcción teórica de Adam Smith podía ser reconocida a la vez como un alegato formulado en nombre del *country party* contra los privilegios y monopolios mercantiles derivados del favor regio que defendía el *court party*, porque en ese centro se había ya plasmado una sociedad que se estaba descubriendo capaz de hallar por sí sola el camino de la prosperidad, el perfil de las sociedades surgidas de la conquista ibérica del Nuevo Mundo no hubiera podido ser más diferente; y quienes desde Madrid o Lisboa administraban imperios extendidos sobre tres continentes y hallaban cada vez más difícil obtener de ellos los recursos que necesitaban para sobrevivir al acoso de esos rivales cada vez más temibles, buscaban en la economía política enseñanzas útiles para la tarea de plasmar también en ellos sociedades dotadas de un vigor comparable al que se reflejaba en

□ Esta Conferencia magistral se llevó a cabo en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Santiago de Chile, 16 de agosto del 2007), en el marco de la Séptima Cátedra Raúl Prebisch.

la cada vez más abrumadora superioridad económica y técnica —y por lo tanto también militar— de esos mismos rivales.

Ese ambicioso proyecto solo alcanzó a implementarse demasiado incompletamente para proteger a los imperios ibéricos de una amenaza externa que, enormemente acrecida durante el nuevo ciclo guerrero abierto por la Revolución Francesa, iba a provocar su ya irrevocable derrumbe. Pero el programa de reformas dejaba en herencia una agenda que los Estados surgidos de la ruina de ambos imperios iban a hacer suyo; ahora era la ambición de organizarse sobre el modelo del estado nacional cuyos avances en el Viejo Mundo, que los vencedores de Napoleón habían esperado detener definitivamente en 1815, iban a cubrir desde entonces todo un siglo de historia europea, la que les revelaba hasta qué punto seguía siendo urgente dotar a las fragmentadas sociedades legadas por la conquista y la colonia de la coherencia que les permitiría ofrecer la base humana para la nacionalidad de la que cada uno de esos Estados aspiraba a constituirse en la expresión política. Aunque el objetivo era ahora distinto, seguía reconociéndose como la tarea más urgente de esos nacientes Estados la de promover una radical transformación del perfil de sociedad madurado en la etapa dejada atrás para acercarlo al de las naciones ubicadas a la cabeza de un proceso transformador que, partiendo del frente atlántico de Europa, parecía destinado a no detenerse hasta cubrir al entero planeta.

Si en todas las comarcas desgajadas de los imperios ibéricos los Estados sucesores asumieron como suya esa tarea, en ninguna parte esa ambición fue llevada tan lejos como en Argentina. La convocatoria a “todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino” incluida en el preámbulo del texto fundador que en 1853 marcó su ingreso en la era constitucional los invitaba a sumarse a la construcción en los desiertos pampeanos de una sociedad radicalmente nueva a partir de recursos materiales y humanos importados por igual de ultramar. Sin duda quienes guiaron ese vertiginoso proceso de cambio depositaban una sólida fe en los principios de la ya madura disciplina que era para entonces la economía política, que limitaba severamente el papel del Estado en ese campo; pero ello no impidió que el que organizaron y administraron encontrara modos de gravitar decisivamente sobre la dimensión económica de la vasta transformación que habían tomado a su cargo, con un éxito que hacía que al abrirse el nuevo siglo, aunque aún no había alcanzado su máxima intensidad un aluvión inmigratorio que iba a conocer pocos paralelos en el planeta, fuese ya posible percibir en esbozo el perfil

de la nación moderna que medio siglo antes Argentina había decidido llegar a ser.

Será preciso detenernos un momento en este punto de la necesariamente sumaria exploración de la prehistoria de la CEPAL, porque ese contexto tan distinto del que iba a enmarcar la creación de ese organismo de las Naciones Unidas iba a marcar hasta tal punto a quien primero definió la agenda a cuyo servicio éste iba a colocarse, que en el Raúl Prebisch que apenas salido de la adolescencia había sido capaz de definir con insólita precisión el lugar que estaba decidido a conquistar en el mundo era ya posible reconocer al que un cuarto de siglo más tarde, tras de haber sido despojado del que había llegado a ocupar en su país natal, iba a definir de modo no menos preciso la agenda de la institución que se preparaba a guiar.

El contexto en que Prebisch comenzó su carrera pública no estaba marcado tan solo por la exitosa culminación del ingente experimento de ingeniería social que su país había abordado a mediados de la anterior centuria. Pesaba también el ánimo con que esos mismos problemas estaban siendo encarados tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo en ese momento fugaz en que, apenas dejadas atrás las hecatombes de la primera guerra mundial, uno y otro vivían en la engañosa seguridad de que se abría para ambos una etapa de hondas transformaciones sociales y políticas que prometía reorganizar sobre bases más justas las relaciones entre los hombres y las naciones. Corolario de esa visión del momento que vivía la humanidad era la convicción de que en él la juventud, mejor preparada para ello que las generaciones formadas en el abolido mundo de la preguerra, estaba destinada a ocupar el lugar protagónico que no había sido hasta entonces el suyo.

Prebisch iba a apoyarse en esas convicciones ampliamente compartidas para trazar un programa de vida y acción que no podía ser más ambicioso. Integrante de una de las primeras promociones formadas en la Facultad de Ciencias Económicas creada por la Universidad de Buenos Aires en 1913, protagonista en ella de la agitación con que el estamento estudiantil conquistó para sus representantes un lugar en el gobierno de las universidades argentinas, apenas había salido de la adolescencia cuando era ya el reconocido caudillo de una promoción universitaria a la que incitó a ponerse al servicio de una transformación profunda del orden socioeconómico argentino, del que debían ser piezas centrales la reforma agraria y la fiscal, orientada esta última a eliminar los rasgos regresivos del régimen impositivo vigente.

Si esos objetivos no eran por cierto nuevos (así por ejemplo no sólo la dirigencia política sino, más inesperadamente, los representantes corporativos del interés terrateniente, agrupados en la Sociedad Rural Argentina, venían desde hacía décadas denunciando los males del latifundio), nueva era en cambio la estrategia que Prebisch proponía a sus camaradas para llevar adelante ese programa. Los exhortaba en efecto a “encontrar en organismos de Estado o de otras instituciones” otros tantos observatorios desde los cuales podrían alcanzar una imagen precisa del funcionamiento del sistema económico que aspiraban a modificar, y medio siglo más tarde Eduardo Malaccorto, que iba a ser uno de sus más eficaces colaboradores en la etapa argentina de su trayectoria, recordaría cómo, respondiendo a la convocatoria de quien “era ya un revolucionario a los veintidós años”, “cada uno de nosotros buscó ir a algún sector de la vida nacional, donde poder madurar sus propias ideas y perfeccionar sus conocimientos”.¹

Nadie lo iba a hacer con más éxito que el propio Prebisch, cuyas precoces contribuciones a la introducción de métodos estadísticos en el análisis de la economía habían atraído ya la atención del profesor Alejandro Bunge, quien en 1916, con su *Riqueza y renta de la Argentina*, había introducido un rigor nuevo en un campo hasta entonces dominado por aficionados; en 1922 la Sociedad Rural Argentina lo había puesto ya al frente de la Oficina de Estadística que acababa de crear y al año siguiente el ministro de Hacienda Rafael Herrera Vegas, que aspiraba a introducir en Argentina el impuesto a la renta, muy resistido por quienes alegaban que era de aplicación imposible en países de economía agropecuaria, le encomendó estudiar en Australia y Nueva Zelanda cómo esos dos países, que compartían con Argentina ese perfil económico, habían logrado introducirlo con éxito. Pero en vísperas de su partida Herrera Vegas había sido reemplazado en el ministerio, y su sucesor iba a imponer a esa misión un fin prematuro, que no impediría sin embargo a Prebisch no sólo completar la tarea que le había sido encomendada sino familiarizarse con los organismos a cargo de las estadísticas públicas en esos dos dominios británicos, pioneros ambos en la utilización de “máquinas estadísticas” que estaban revolucionando los métodos de trabajo en ese campo, y todavía —movido por su interés en el problema de la tierra en Argentina— explorar *in situ* los efectos del plan de colonización rural en la provincia australiana de New South Wales. A su

retorno, Tomás Le Breton, con quien estaba vinculado desde su paso por la Sociedad Rural y que —recién designado ministro de Agricultura— aspiraba a introducir un muy ambicioso plan de reforma agraria, lo llamó a su lado para colaborar en la preparación del proyecto correspondiente, que por cierto nunca alcanzaría a ser tratado en el Congreso.

En los años siguientes, mientras asumía un papel protagónico en la acción del Estado en el campo estadístico, primero como vicedirector de la Dirección de Estadística de la Nación y luego como organizador y primer director de la oficina de investigaciones económicas creada en el Banco de la Nación Argentina sobre el modelo del Sistema de la Reserva Federal de los Estados Unidos, lo conquistó también como principal asesor de la Sociedad Rural Argentina, posición desde la cual contribuyó más que nadie a articular las propuestas de la máxima organización de la clase terrateniente frente a la situación cada vez más crítica que afrontaba la economía pastoril.

He aquí el resumen de un comienzo de carrera que a primera vista no hubiera podido ser más exitoso, pero que apenas se lo pone en relación con los objetivos que Prebisch se había fijado al emprenderla no lo parece ya tanto. ¿Cuál era en ese momento inicial su visión del mundo que aspiraba a transformar, y qué le sugería ella acerca del lugar desde el cual le sería posible influir en esa transformación? No había cumplido aún veinte años cuando, respondiendo a una encuesta de la *Revista de Ciencias Económicas* sobre la cuestión social, encontraba la clave de esta en el desajuste entre una estructura económica incesantemente transformada por “el adelanto en los métodos productivos debidos al progreso de la técnica”, y seguida sólo a distancia por “un cambio paralelo en la superestructura social que regía las relaciones anteriores entre los que producen y los que dirigen la producción”. Aunque en cuanto a este punto reconocía su deuda con Marx, había aclarado ya que no estaba dispuesto a seguirlo cuando hacía de la lucha de clases el exclusivo tema central “en la historia de la humanidad”, ya que encontraba “más lógico” al socialista Filippo Turati “cuando coloca, en ciertos casos, ‘la cooperación de clases’ frente a la lucha de clases”.

Es la existencia de esa alternativa —concluye— la que hace posible alcanzar una solución no revolucionaria para la cuestión social, mediante “la creación de nuevas formas, la reforma de las instituciones existentes, aprovechando lo que no tienen de malo”. De esa premisa Prebisch va a deducir una conclusión que no está de ningún modo implícita en ella, pero le parece tan evidente que cree suficiente mencionarla en un

¹ Entrevista en 1971 con Ernesto Malaccorto (Halperin Donghi, 2004, pp. 469 a 471).

paréntesis al pasar: “La evolución social —agrega— es, pues, incontenible; es inútil querer detenerla; es lógico tratar de encauzarla (ésta es tarea de gobiernos)”.² No es sorprendente que esa conclusión le parezca la evidencia misma, en un país que acaba apenas de dejar atrás la etapa en la que el Estado ha asumido la doble tarea de organizarse a sí mismo y de forjar una sociedad nueva, en el que no parece por lo tanto irrazonable esperar que a quien ha sido el demiurgo de esa sociedad no le sea negado el derecho a asumir el papel al cabo más modesto de árbitro de última instancia en los conflictos que han de dividir a esa su criatura.

En esa implícita visión del contexto sobre el cual Prebisch aspiraba a incidir se apoyaba —sin duda sin que él mismo lo advirtiera— su confianza en que podría hacerlo con éxito desde las posiciones cada vez más influyentes que sus talentos y sus esfuerzos le iban a permitir conquistar a lo largo de la década de 1920, pero, en cuanto a esto último, ella iba a cerrarse con un balance que no podía ser más negativo: ninguno de los proyectos de reforma que había contribuido a articular, ni aun aquél para el que había reclutado la adhesión del sector más poderoso de la clase terrateniente, había tenido siquiera principio de ejecución. El vínculo con ese sector lo había establecido ya en su primera intervención en la esfera pública, que —como tantas otras cosas en su carrera— no hubiera podido ser más precoz: tuvo en efecto, lugar en 1922, cuando terció en el conflicto que dividía a la gran ganadería pampeana, y ya entonces la relación que estableció con este era la de quien toma a su cargo articular la agenda que ese sector hubiera hecho suya si hubiera tenido la lucidez necesaria para ello. En este punto Prebisch no se esforzó por ocultar el juicio que le merecía una clase terrateniente a la que describía como una “aristocracia de establo”, dotada tan sólo de un “instinto de clase incoherente, desorientado y negativo las más de las veces”, incapaz por lo tanto de inspirarle la “clara conciencia de sus intereses económicos” que la hubiera llevado a “agremiarse para organizar la venta de sus haciendas” tal como lo estaban haciendo con éxito sus rivales de los Estados Unidos y los dominios británicos.

Eran esas insuficiencias las que obligaban al Estado a intervenir en los conflictos que enfrentaban a sectores de esa clase con los frigoríficos que dominaban el negocio de exportación. Pero a juicio de Prebisch no debía hacerlo creando con dineros públicos un mecanismo de comercialización alternativo al dominado

por frigoríficos y empresas navieras, tal como proponían quienes se proclamaban sus víctimas, sino supliendo las insuficiencias de una clase que no sabía cómo defender sus propios intereses estableciendo un control permanente de la contabilidad de los frigoríficos, que le brindaría la información necesaria para imponer con pleno conocimiento de causa “un precio mínimo elástico” para la carne de exportación, que, ajustado cada vez que se hiciera necesario al movimiento de la demanda ultramarina, eliminaría tanto los extraprovechos de estos cuanto los que podrían derivar para los productores de un precio mínimo demasiado alto, que arriesgaría incidir negativamente en el volumen de esa demanda. Sin duda no se le ocultaba ya entonces que, para que el Estado pudiera desempeñarse con éxito en ese papel, sería necesaria “una gran moralidad administrativa en los funcionarios públicos a que se confiase el contralor de la industria [...] y una capacidad técnica un tanto extraña en nuestra burocracia, en cuya formación han intervenido los apetitos de la política criolla antes que la selección de los más capaces”.³

Se advierte cómo el proyecto que Prebisch había adoptado para sí y para la generación que acaudillaba tenía como indispensable primer paso la creación de una tecnoburocracia capaz de dotar al aparato del Estado de la competencia necesaria para intervenir de modo eficaz en el terreno de la economía. ¿Eran sólo las insuficiencias de algunos de los sujetos colectivos que se enfrentaban en la arena económica y social las que hacían necesario al Estado incursionar en ese terreno? Apenas se examinan en su conjunto los proyectos con que se vinculó Prebisch se advierte que en ellos se asigna también a la acción del Estado el propósito más ambicioso de servir objetivos que debieran ser compartidos por la entera sociedad. Esa consideración está ya presente en su propuesta frente al conflicto ganadero, que no solo busca eliminar las trabas que impiden que la remuneración de los distintos factores de producción se mantenga proporcional a su contribución al proceso productivo, sino aspira además a asegurar que ese sector de la economía nacional alcance el máximo desarrollo que el contexto económico del momento pone a su alcance; pero ella pasa a ocupar aún más decididamente el primer plano en el proyecto de ley de colonización agraria, que se propone introducir la transformación radical en la estructura socioeconómica de las cuencas cerealeras pampeanas que había venido proponiendo desde hacía décadas toda una corriente crítica del perfil de sociedad

² Fundación Raúl Prebisch (1991, vol. I, pp. 11 y 12).

³ Fundación Raúl Prebisch (1991, vol. I, p. 349).

madurado en ellas en el pasado medio siglo de febril expansión agrícola en tierras nuevas.

Al fijar los objetivos socioeconómicos de los proyectos que promueve, Prebisch y el grupo constituido en torno a él no aspiran a ninguna originalidad; por el contrario, lo que buscan es dotar al Estado y a los actores colectivos que se enfrentan en la arena económico-social de la competencia necesaria para hacer realidad aspiraciones en torno a las cuales reina en Argentina un muy amplio consenso. Tampoco aspiran a introducir perspectivas originales en el campo de la teoría económica; de nuevo el testimonio de Malaccorto es sin duda válido para todo ese grupo cuando asegura que en su paso por la Facultad de Ciencias Económicas sus integrantes habían hecho suyas “las teorías económicas que *podían* encontrar en cualquier libro: Marshall, Pantaleoni, Barone o los discípulos de Pareto”. La presentación de ese conjunto de economistas cuyas perspectivas teóricas estaban lejos de ser totalmente coincidentes como expositores de un saber hasta tal punto unificado en teoría y método que se hacía indiferente a cuál de ellos acudir es la que podía esperarse de quienes necesitaban creer que cualquiera de ellos podría proporcionarles los criterios totalmente confiables que les permitieran incidir exitosamente en la esfera económico-social, que desde luego no hubieran podido obtener de una disciplina en la cual la irresuelta coexistencia de doctrinas rivales a lo largo de etapas prolongadas no hubiera sido dejada atrás. Con más razón el papel que habían asignado a la teoría económica como fuente de legitimación de los proyectos eminentemente prácticos que ambicionaban poner en ejecución hubiera hecho impensable cualquier toma de distancia frente a las nociones de ella recibidas en sus años de formación, y en efecto continuarían resistiéndose a esa toma de distancia en la década siguiente, pese al acumularse de pruebas cada vez más abrumadoras de su incapacidad para proponer respuestas frente a los cada vez más angustiosos dilemas planteados por una economía mundial que parecía haber entrado en caída libre.

Fue precisamente la hondura de la crisis mundial desencadenada en 1929 y dramáticamente agravada en 1931 la que cambió radicalmente la posición del grupo acaudillado por Prebisch en la vida del país. La caída general de precios y la contracción brutal del volumen del comercio internacional tenían consecuencias particularmente graves para una economía nacional que había conocido por más de un siglo una formidable expansión alimentada por la de sus exportaciones ultramarinas; ante la emergencia se hizo preciso organizar la distribución entre los distintos sectores de la economía y la sociedad de los muy disminuidos recursos todavía asequibles

gracias a exportaciones drásticamente disminuidas en volumen y aún más drásticamente en valor, pero también controlar el volumen de la producción destinada a exportaciones a fin de evitar que un exceso de oferta acelerara aún más el derrumbe de los precios. El único agente capaz de encarar esas tareas era el Estado, convocado así por las circunstancias a desempeñar ese papel arbitral entre los sujetos colectivos que se enfrentaban en la arena económica y social que el grupo surgido en torno a Prebisch había aspirado desde el comienzo a verlo ocupar.

En ese marco inesperado eran a menudo los mismos que hasta casi la víspera habían resistido fieramente cualquier intento de utilizar el poder del Estado para poner límites a su libertad de iniciativa los que ahora lo urgían a intervenir en ese campo que antes hubieran querido vedarle. Fue esa coyuntura del todo excepcional la que no solo ofreció a Prebisch la oportunidad de introducir una profunda reforma fiscal y bancaria, contando para ello con la colaboración técnica del grupo que él mismo había contribuido más que nadie a formar, sino también la de ejercer desde las instituciones que ella había creado el arbitraje entre sectores de intereses económicos y sociales que siempre había creído parte esencial de las tareas del Estado. Por casi nueve años, a partir de 1935, sería el mismo Prebisch quien desde la gerencia del Banco Central tomase a su cargo controlar y regular, un día tras otro, el pulso de la economía argentina, con resultados que tras de ganarle el espaldarazo de Keynes en su *General Theory* de 1936 llevaron a otros a comparar su gestión con la de Hjalmar Schacht en Alemania. Pero no era esta una comparación que pudiese encontrar particularmente halagadora; más que los éxitos que cosechó en esa etapa, en que no ignoraba que la buena fortuna había tenido un papel considerable, valoraba su papel central en el esfuerzo por forjar la tecnoburocracia que iba a permitir al estado argentino actuar con autoridad y eficacia en campos que hasta casi la víspera le habían sido casi del todo ajenos.

Pero no fue solo el catastrófico giro tomado por la economía mundial el que brindó a Prebisch la oportunidad de avanzar en el ambicioso programa que en 1922 había trazado para sí y para la promoción de jóvenes economistas que lo reconocieron como su caudillo: facilitó decisivamente el avance de su influencia el nuevo marco político surgido de la primera revolución militar que en septiembre de 1930 interrumpió la vigencia del orden institucional instaurado por la constitución de 1853-1860. Así, desde la subsecretaría de Hacienda para la que lo designó el general José Félix Uriburu, a quien la victoria de esa revolución había instalado en

la presidencia provisional de la República, Prebisch pudo modificar radicalmente el ordenamiento fiscal centrado en los gravámenes al comercio ultramarino, vigente desde que en 1809 el último Virrey del Río de la Plata, al abrir el territorio que gobernaba al comercio del mundo, había encaminado a la que no era aún Argentina en la ruta que hasta 1929 le había permitido alcanzar cimas cada vez más altas. Lo hizo mediante la introducción del impuesto a la renta, desde hacía décadas proclamada necesaria por un amplio consenso, que no había impedido que en el marco constitucional dos presidentes argentinos fracasaran en sus esfuerzos por obtener para ella el apoyo del Congreso. Suspensiva la vigencia de ese marco por la victoria revolucionaria, Prebisch no tuvo que afrontar esos obstáculos: luego de obtener del general Uriburu la autorización a preparar el proyecto correspondiente, en la tarde de un viernes consagró a redactarlo un febril fin de semana y el lunes siguiente era ya ley de la nación.⁴

Se entiende que experiencias como esta lo llevaron a anticipar con cierta inquietud el impacto que en cuanto a sus proyectos de introducir cambios aún más radicales estaba destinada a alcanzar la inminente restauración de las instituciones representativas. Por años iba a parecer que esa inquietud había estado del todo injustificada; en efecto, después de algunos titubeos iniciales, el general Agustín P. Justo, que desde la presidencia constitucional afrontaba el desafío de gobernar un país irremediablemente dividido contra sí mismo por la experiencia vivida bajo un régimen revolucionario que al legarle el poder le había legado también en herencia la abrumadora impopularidad que había terminado por rodearlo, hizo suyos los proyectos profundamente renovadores incluidos en el plan económico elaborado con el asesoramiento de Prebisch por sus ministros de Agricultura y de Hacienda, y ganó para ellos la aprobación de un Congreso que a partir de su restauración en 1932 estaba viviendo una de las etapas más brillantes de su entera trayectoria.

Pero lo que estaba haciendo posible esa admirable experiencia parlamentaria era la automarginación del partido derrocado en 1930, forzada por las condiciones deliberadamente humillantes que las autoridades revolucionarias le habían impuesto para autorizar su retorno a la arena electoral, y bastó en 1935 la decisión del radicalismo de deponer su actitud intransigente para revelar todo lo que esa feliz experiencia tenía de artificioso. Mientras las fuerzas políticas instaladas en el gobierno gracias al abandono de la arena electoral por el

partido al que la pérdida del poder no había arrebatado su condición de mayoritario se mostraban cada vez más decididas a retenerlo acudiendo en dosis crecientes a la falsificación electoral, las tensiones facciosas que hasta 1935 se habían mantenido ocultas bajo la superficie irrumpieron violentamente en primer plano, y la fase renovadora del gobierno de Justo vino a cerrarse abruptamente en 1936 en un gigantesco escándalo parlamentario en que algunos de los fautores de las iniciativas introducidas en ella fueron objeto de acusaciones que, aunque nunca probadas, encontraron (y conservan hasta hoy) un amplio eco en la opinión. Esa reacción no deja de ser comprensible, ya que —así fuera acudiendo al lenguaje de la calumnia y la injuria— esas imputaciones daban voz a la de las mayorías marginadas por el régimen restaurado en 1932 frente a quienes gobernaron la economía argentina desde posiciones que solo habían podido ocupar porque la ciudadanía había sido despojada del modo más humillante de la posibilidad de ejercer su derecho a elegir libremente sus gobernantes.

No iba a hacer ninguna diferencia en este punto que, en medio de la creciente degradación política e institucional del régimen surgido de esa incompleta restauración constitucional, la gestión de las instituciones creadas en 1935 para tomar a su cargo las nuevas funciones del Estado en la esfera económica y financiera no perdiera nada de su originaria eficacia, premiada por el éxito con que Argentina afrontó los desafíos planteados por la segunda guerra mundial, distintos pero no menos graves que los originados en la crisis. Ello no iba a impedir que las afectara cada vez más el desprestigio creciente del régimen que las había creado, y en el que permanecían integradas, y no iba a resultar por lo tanto demasiado sorprendente que solo cuatro meses después de ese 4 de junio de 1943 en que el ya terminalmente afantasmado orden constitucional fue derribado por una revolución militar encabezada por el general Pedro Pablo Ramírez, hasta la víspera ministro de guerra en el gobierno que había resuelto derrocar, el mismo general Ramírez, ahora presidente de la República, firmara el decreto de cesantía que puso fin a la carrera argentina de Raúl Prebisch.

Hay un aspecto en esa etapa de su trayectoria que conviene subrayar, no solo porque contribuyó decisivamente a que luego de años de éxitos crecientes viniera a cerrarla ese sombrío anticlímax, sino porque en un escenario más angosto anticipa el que iba a incidir en la más compleja trayectoria de la CEPAL. Se ha señalado ya que Prebisch reconocía una diferencia esencial entre la contribución del grupo que él acaudillaba y la de Schacht a la impresionante reactivación de la economía

⁴ Fundación Raúl Prebisch (1991, vol. I, p. 349).

alemana en el primer quinquenio del régimen hitleriano; habría que agregar que su rechazo de cualquier afinidad con esta reflejaba algo más que el que le inspiraba el régimen a cuyo servicio Schacht había puesto sus temibles destrezas de mago de las finanzas. Pesaba también que mientras Schacht había contado para ello con el admirablemente eficiente aparato institucional del Estado del que el nuevo régimen acababa de apoderarse, disponía ya en el campo económico y financiero, la acción del grupo liderado por Prebisch, que se había visto obligado a crear ese mismo aparato, y lo había hecho con mano maestra, tenía más en común con la de los que habían rodeado a los *grands commis d'État* de la era del mercantilismo. Y compartía también con estos un rasgo que había adquirido aún mayor relieve en la versión ibérica de esa corriente, cuando el influjo de esta alcanzó su apogeo bajo el signo del despotismo ilustrado. En esa etapa quienes manejaban la política financiera del monarca no limitaron ya sus ambiciones a asegurar que este contara con los recursos requeridos para defender con éxito el lugar de España en el tablero internacional, sino creyeron también posible utilizar el poder del Estado absoluto para imponer un nuevo perfil a la sociedad española. Prebisch y quienes lo rodeaban compartían implícitamente esa premisa, sin advertir hasta qué punto esta se estaba tornando anacrónica en una sociedad en proceso de acelerada modernización en un marco de democracia representativa. Con ese no percibido anacronismo se vinculaba sin duda tanto la esterilidad práctica de los esfuerzos del grupo en la década de 1920 cuanto el penoso desenlace de la etapa siguiente, en que solo el apoyo otorgado por un régimen cuya condición de supervivencia era la falsificación cada vez más abierta del régimen representativo formalmente restaurado en 1932 le había permitido ganar un lugar protagónico en ese campo.

Pero lo que era anacrónico en una Argentina que desde 1912 hasta 1930 había elegido a sus gobernantes en comicios plenamente competitivos en que los votos eran honradamente contados, no lo era aún en casi todo el resto de Iberoamérica, donde por otra parte la crisis había planteado problemas análogos a los que había debido afrontar Argentina, y los círculos vinculados con el manejo de las finanzas y la economía habían venido siguiendo con interés creciente la creación del nuevo marco institucional que estaba permitiendo al Estado argentino enfrentar con notable eficacia esos nuevos desafíos. En particular no lo iba a ser todavía por medio siglo en México, donde Prebisch —apenas pasados tres meses de su cesantía como gerente del Banco Central argentino, decretada el 17 de octubre de 1943— abría

ante colegas que habían tomado a su cargo funciones análogas a las de la institución a cuyo frente había estado en Argentina un *Ciclo de conversaciones en el Banco de México*, en que buscaría extraer de la experiencia de la que había sido protagonista “enseñanzas positivas para la política monetaria y financiera”. Si había sido invitado a desarrollar el tema por sus pares mexicanos era porque —como iba a recordar en 1985 Celso Furtado— su gestión había hecho del Banco Central de la República Argentina una institución admirada internacionalmente, y no es sorprendente que —tal como lo reflejan los diálogos que cierran cada una de sus seis extensas y densas presentaciones— la curiosidad de estos se concentrase en el funcionamiento concreto de los complejos mecanismos financieros que en Argentina permitían al Estado actuar con inesperada eficacia en ese nuevo marco. Pero si esa es la principal preocupación de sus colegas, la de Prebisch es ya otra: tal como lo anticipa en su primera presentación, la primera “enseñanza positiva” que deduce de esa experiencia exitosa es que si a lo largo de ella sus protagonistas habían “vivido con frecuencia al margen de la buena doctrina monetaria [...] cabe preguntarse si esa buena doctrina era realmente buena para nosotros, si respondía fielmente a la índole y estructura de la economía argentina”. Y agrega: “¿No habrá llegado el momento de formular nuestros propios principios, derivados, precisamente, de nuestra realidad comprobada, y de tener nuestra buena doctrina utilizando y adaptando todo lo útil de los principios generales para fincar una política monetaria nacional?”.

La razón para que se vuelva a su experiencia argentina desde una perspectiva distinta de la de sus colegas mexicanos la declara él mismo en términos que no dejan lugar a equívocos: ha llegado para él (y no para ellos) la oportunidad “de examinar desde lejos los acontecimientos sin preocupación alguna de acción inmediata, de juzgar estos con espíritu crítico y visión de conjunto, y de extraer enseñanzas positivas para la política monetaria y financiera”.⁵ La extrema sobriedad del tono que Prebisch elige para aludir al doloroso episodio que casi en la víspera había venido a despojarlo del lugar que gracias a un esfuerzo de dos décadas había logrado conquistar para sí en la vida de su país refleja algo más que un escrúpulo de elegancia; si puede trazar de ella un balance retrospectivo del que está ausente tanto el rencor como la nostalgia es sobre todo porque ha descubierto ya sobre qué rumbo ha de continuarla. El

⁵ Fundación Raúl Prebisch (1992, vol. III, p. 1).

primer paso en ese sentido lo ha dado cuando, dirigiendo una mirada nueva a la experiencia que para él acababa de cerrarse en ese brutal anticlímax, se preguntaba si los éxitos que había cosechado en ella no premiaban la disposición a apartarse de la “buena doctrina monetaria” cada vez que las circunstancias así lo aconsejaban. Era esta una pregunta que tanto él como los ministros a quienes había asesorado se habían prohibido formular mientras participaban en esa experiencia. Para defender sus decisiones poco ortodoxas ante quienes juzgaban que ni aún un resultado positivo podía justificarlas, su argumento habitual había sido que cuando los países más influyentes en el comercio mundial no vacilaban en utilizar su gravitación dominante para reestructurarlo sobre pautas del todo alejadas de la “buena doctrina”, que les permitían derivar a interlocutores más débiles una parte desproporcionada de los estragos de la crisis, Argentina, cuya contribución a los tráficos internacionales no excedía el 2% de su valor total, y por lo tanto podía influir muy poco en las modalidades que éste estaba adquiriendo, no podía evitar introducir en su política monetaria y financiera innovaciones que —aunque condenables a la luz de la “buena doctrina”— se habían revelado imprescindibles para impedir que ese incipiente nuevo orden mercantil desplegara todo su potencial destructivo sobre la economía nacional.

Solo cuando las circunstancias permitan —o más exactamente impongan— a Prebisch “examinar desde lejos” esa etapa en que había desempeñado el papel protagónico, ese nuevo orden mercantil dejará de ser visto como un dato inamovible, que sería por lo tanto ocioso discutir, para ser reconocido como un problema. Pero ni en las conversaciones ofrecidas en el Banco de México ni en su contribución al seminario colectivo sobre América Latina organizado por El Colegio de México en esas mismas fechas Prebisch avanza en las modalidades específicas que ese problema plantea para quienes deben afrontarlo desde América Latina; lo que es nuevo en su planteo es que ya no cree necesario presentar las innovaciones que con su colaboración se habían introducido en la Argentina como adaptaciones necesarias a una situación radicalmente anormal, y solo justificadas mientras ésta se mantenga, sino como reflejo de una actitud más madura frente a doctrinas económicas que no recusa, pero frente a las cuales aún pasada esa emergencia sigue considerando imprescindible asegurarse de que serán puestas al servicio de “las metas u objetivos que se persiguen”.

Así propone que lo hagan los países de América Latina al terciar en el debate al que no han sido invitados, en que los ya inminentes vencedores de la segunda

guerra mundial se preparan a decidir cuál será el papel del patrón oro en el régimen monetario que debe regir en el mundo de la posguerra. Pueden invocar para ello su experiencia, que enseña que “el patrón oro, tal cual lo hemos visto funcionar no permite cumplir” con esas metas y esos objetivos, pero Prebisch no propone que se funden en ella para oponerse al retorno a un patrón monetario que “tiene mucho de bueno”, cuando solo bastaría “emplearlo mejor, aprovechando las enseñanzas de pasadas experiencias” que aconsejan “despojarlo de su excesivo automatismo y complementarlo con otros resortes de probada eficacia”.

Así concebida, la toma de distancia frente a la “buena doctrina” podría ser formulada en nombre de cuantos en todas partes tienen a su cargo orientar la acción del Estado en la esfera económica y financiera. Es lo que declara explícitamente en un texto de 1948, que no deja ya dudas de que sus objeciones a las doctrinas clásicas se dirigen menos a lo que estas afirman que a la actitud que las inspira. No niega que los economistas clásicos lograron llevar “al extremo el raciocinio lógico, y acudieron más tarde a las matemáticas para dar a todo ese edificio teórico un rigor, una precisión, una elegancia científica de que hasta entonces había carecido”, pero ve en ello un triunfo pagado a un precio demasiado alto, ya que “cuanto más se razonaba, más se iba alejando el cuerpo de la doctrina de la realidad viviente [...] del mundo real que la economía tenía que explicar, a fin de darnos los medios para actuar sobre ella”.

Sin duda no deja de mencionar que esa “realidad viviente” era la de “nuestros países”, y de añadir que para “ir elaborando nuestras propias ideas y ajustando a ellas el desarrollo de una política económica nacional” sería útil cotejarla con la de “otros países similares”, pero no llega aún a plantear lo que puede tener de problemática la relación que mantienen quienes desde todos esos países buscan asegurar para estos un lugar tolerable en el marco del nuevo orden mercantil que surge de la crisis —para ellos tan inhóspito— con doctrinas surgidas del núcleo central del sistema económico que los engloba y que —aunque ha sido aún más duramente devastado por la crisis que la periferia latinoamericana de ese sistema— conserva en esta nueva etapa, en que busca a tientas el rumbo que le permita dejar atrás tanta ruina, una gravitación decisiva que sería ilusorio esperar que no fuese utilizada para proteger las posiciones de ese núcleo a expensas de los que ocupan en ese sistema posiciones periféricas.

Nada de eso está todavía presente en los planteos de Prebisch, pero sí lo está algo quizá más importante: aunque no haya adelantado siquiera un esbozo del

mensaje que a su juicio América Latina debiera hacer suyo en el debate que está por abrirse, ha decidido ya que la región debe reivindicar su derecho a constituirse en uno de los interlocutores que participan en él. Con ello ha definido ya la dirección que se prepara a imprimir a su trayectoria en la etapa en que se está disponiendo a ingresar. Es sabido que logró abrir esa nueva etapa con un triunfo aún más espectacular que los que coronaron la que ha dejado atrás, que le permitió hacer de la recién fundada CEPAL el instrumento que había de permitir a los voceros de América Latina terciar en el debate acerca del rumbo económico que había de tomar el mundo después de dejar atrás la más grande guerra de la entera historia de la humanidad. Retrospectivamente es fácil entender que ese proyecto enfrentara obstáculos formidables; ya que su éxito introdujo una de las primeras grietas en la estructura bipolar que las dos coaliciones rivales en que vinieron a agruparse las naciones vencedoras en el gran conflicto estaban igualmente decididas a imponer al planeta entero.

Para triunfar en esa hazaña eminentemente política Prebisch pudo acudir a lo que le había enseñado aún en ese campo la experiencia acumulada en su etapa anterior, en que había sido observador-participante de los laberínticos acuerdos y desacuerdos entre quienes orientaban el rumbo de una economía brutalmente golpeada por la crisis desde lo alto de sus *commanding heights*. Celso Furtado nos ha dejado en *A fantasía organizada* una inolvidable estampa de Prebisch en su momento de triunfo: acaba de obtener de Getulio Vargas, recién devuelto a la presidencia del Brasil, el apoyo que —sumado a los de México y Chile— le permitirá imprimir a la CEPAL la orientación que aspira a darle, y sus comentarios reflejan una admiración por el caudillo riograndense que su interlocutor encuentra excesiva. En Vargas celebra Prebisch sobre todo a un estadista que al pilotear un proceso político aún más atormentado y convulso que el atravesado contemporáneamente por Argentina nunca ha cejado en su esfuerzo por dotar al Estado brasileño de los organismos que le permiten desempeñarse con una eficacia nueva en el campo económico y financiero, y Furtado atribuye la ceguera frente a otros aspectos menos positivos de su gestión —que Prebisch comparte con muchos otros argentinos— a la convicción de que el mundo vive una era de dictaduras, en la que lo mejor a lo que puede aspirarse es a que la ejerza un déspota ilustrado. Sea que ella refleje esa convicción, o las enseñanzas de una experiencia argentina que parecía sugerir que un contexto político marcado por la irrupción de la democracia hacía más difícil introducir las transformaciones a cuyo servicio Prebisch había puesto

su vida, no hay duda de que este no lamentaba que su reciente cambio de fortuna, en otros aspectos tan duro, lo devolviera a esos *commanding heights* sobre los cuales el influjo perturbador de la política democrática apenas se hacía sentir, y en los que sus nativos instintos le habían siempre permitido orientarse con raro acierto.

Que Prebisch celebrara sobre todo en Vargas su cuidado por dotar al Estado brasileño de un aparato institucional capaz de servirlo eficazmente en el nuevo campo de actividades que se le había abierto en la esfera económica y social anticipaba algo de los criterios que iba a hacer suyos al frente de la CEPAL: su primera prioridad iba a ser dotar a ese organismo recién nacido de la solidez institucional y la eficacia operativa que habían caracterizado a las creaciones que había prohijado en su país nativo. Lo hacía más fácil que esta vez sus actividades tuvieran por teatro a Chile; mientras una de las claves tanto de los éxitos fulgurantes que había acumulado en su etapa argentina como del brutal anticlímax que vino a cerrarla es que la capacidad que Prebisch había desplegado para crear instituciones sólidas y eficaces, del todo excepcional en un país en que la necesidad de dotarlas de esas virtudes suele ser muy poco advertida, por esta última razón no iba a ser lo bastante apreciada para protegerlo del penoso desenlace que tronchó su brillante trayectoria en su país natal. Chile se enorgullece en cambio —y no sin motivo— de poseer un sentido institucional más aguzado que cualquier otra nación hispanoamericana; en ese marco nacional más propicio, la CEPAL no solo pudo sobrevivir en medio de cataclismos políticos de intensidad sobrecogedora, sino se constituyó en el núcleo en torno del cual iban a surgir otras instituciones de estudio y enseñanza que se iban a revelar igualmente capaces de sobreponerse a las más duras adversidades.

En ese marco más propicio Prebisch logró repetir cuando doblaba el cabo de la cincuentena la hazaña con que tres décadas antes había abierto su trayectoria argentina. Y sin duda Joseph Hodara (cuyo *Prebisch y la CEPAL* ofrece el apasionado testimonio de quien vivió de dentro la experiencia que narra) no se equivoca cuando señala que, como entonces, el secreto de su éxito como creador de instituciones es que en ellas el vínculo institucional se refuerza con el carismático que lo une con quienes ha reclutado para una empresa que no es tan solo de conocimiento, ya que aspira por añadidura a transformar la realidad que hace objeto de sus exploraciones. Y si treinta años antes había podido apoyarse en un vínculo preexistente con sus compañeros de promoción para ganar su adhesión al proyecto colectivo que les proponía como programa de vida para todos ellos, y consagrarse

así para siempre como el *primus inter pares* dentro de este, ahora —como señala de nuevo Hodara— era un grupo que solo se constituyó como tal al responder al llamado de Prebisch a colaborar con una agenda que logró suscitar “entusiasmos ardientes en una joven generación de economistas que pretendió vislumbrar desde dentro y sin consideración de accidentes de nacionalidad, la evolución y la práctica del desarrollo” el que iba a rodear a quien reconocía como “un maestro que por su estilo, vigor y edad inspiraba reverencia” con una “apremiante lealtad y una devoción casi apostólica”⁶ aún más intensas que las que había sido capaz de concitar cuando tanto el guía como sus seguidores apenas habían dejado atrás la adolescencia.

Y creo que tampoco yerra Hodara cuando relaciona esos rasgos del vínculo que Prebisch había de nuevo sido capaz de establecer con sus colaboradores, y que hacían de la CEPAL “una ínsula carismática dentro de un marco francamente burocrático”, con el carácter por así decirlo híbrido de su relación con la economía. Por una parte su liderazgo lleva la huella de “vertientes profundas de la tradición cultural e institucional latinoamericana” en cuanto el “estilo particular” con que lo ejerce continúa en algunos aspectos el de esas dos figuras muy tradicionales de la escena latinoamericana que son las del caudillo y del pensador.⁷ Pero a la vez ya en su etapa argentina había sido actor sobresaliente en el proceso de profesionalización de las ciencias sociales que estaba destinado a dejar inexorablemente atrás “la figura y el modo de trabajo del pensador tradicional” y en la CEPAL iba a recoger “los frutos de ese proceso y a acelerarlo sustancialmente, en particular en el campo de la economía”.⁸

Por esa razón el séquito que reunió en la CEPAL su inspiración y su magisterio iba a encontrar en ambos una doble validación para la empresa a la que los había convocado; por una parte con ella retomaban una ilustre tradición intelectual que no podía ser más raigalmente iberoamericana, por otra se constituían en protagonistas del esfuerzo por dotar a quienes aspiraban a constituirse en voceros de América Latina de la competencia científica y técnica que haría de ellos participantes de pleno derecho en el proceso de avance de las ciencias sociales, del que habían sido por demasiado tiempo distantes espectadores. Había algo en el planteo de Prebisch que hacía más fácil

integrar en una sola ambas fuentes de validación: del legado del pensador provenía tanto la firmeza con que se reivindicaba para la economía el carácter de ciencia social cuanto la insistencia con que se subrayaba su orientación hacia una práctica transformadora de la realidad; y ambos rasgos influían en el sesgo que Prebisch imprimió desde el comienzo de su carrera a sus esfuerzos por elevar el nivel científico de las investigaciones económicas que iba a orientar. Era este fuertemente empírico; ya en 1921, todavía refiriéndose exclusivamente al ámbito universitario, deploraba “el viejo espíritu de la enseñanza”, a cargo de profesores que “leen, asimilan, sintetizan, repiten y aún refutan ciertas teorías” cuando de lo que se trata es de “estudiar objetivamente los hechos de nuestra vida económica y hace falta para ello el trabajo “de búsqueda y selección de complejas informaciones y datos estadísticos... de su examen prolijo y de su coordinación”.⁹

Se ha visto ya cómo en 1948 se seguía ateniendo firmemente a ese criterio, que lo llevaba a desinteresarse de los desarrollos de la teoría económica que a su juicio la alejaban del “mundo real que la economía tenía que explicar, a fin de darnos los medios para actuar sobre ella”. Esa toma de distancia no supone ninguna ambición de oponer a los aparatos teóricos elaborados en los grandes centros del saber económico otros forjados a partir de la concreta experiencia latinoamericana; en este punto su actitud sigue siendo la adoptada un siglo antes por Juan Bautista Alberdi, que en Argentina había encarnado más plenamente que nadie la figura del pensador; en efecto, cuando Prebisch reivindica el derecho a “tener también nosotros nuestra buena doctrina utilizando y adaptando todo lo útil de los principios generales” invita —del mismo modo que lo había hecho Alberdi en 1837— a una toma de distancia frente a la maestra Europa, a la que sigue reconociendo como la insustituible fuente de esos principios generales, mientras asume la función complementaria y no menos indispensable de seleccionar y adaptar lo que dentro de estos resulta pertinente para el análisis de las concretas realidades que ambiciona transformar.

Esa mesurada toma de distancia aparece tanto más razonable porque la coyuntura que está atravesando la economía como disciplina parece sugerir que esa actitud puede ser la adecuada aun para quienes participan de sus desarrollos desde esos grandes centros. En efecto, en la renovación que en ella promueve Keynes las consecuencias prácticas son mucho más radicales que las innovaciones

⁶ Hodara (1987, p. 11).

⁷ Hodara (1987, p. 12).

⁸ Hodara (1987, p. 34).

⁹ Fundación Raúl Prebisch (1991, vol. I, p. 64).

teóricas, que solo introducen retoques parciales en la majestuosa arquitectura de las doctrinas neoclásicas, y —del mismo modo que en Prebisch— lo hacen bajo el estímulo de las experiencias concretas acumuladas por quien desde 1918 sigue el proceso económico desde los que son todavía sus *commanding heights* para el entero planeta. Esa circunstancia hace que la frontera entre elaboración teórica y análisis de concretos procesos económicos pierda algo de su nitidez originaria, y que pese a la cautela que Prebisch mantiene cada vez que se aventura a deducir conclusiones generales a partir de análisis particulares sean cada vez más numerosos los que denuncian tras de estos la gravitación de una doctrina presente así sea tan solo en esbozo. Estas denuncias, que acusan a la CEPAL de estar excediendo cada vez más el cometido neutramente informativo que las Naciones Unidas habían fijado para sus comisiones regionales, están lo bastante fundadas para que los mismos que en nombre de la institución les niegan toda validez encuentren más halagador que problemático que Albert Hirschman haya reconocido en el documento sobre “*El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*” (1949) el “manifiesto latinoamericano” que Prebisch inequívocamente se había propuesto hacer de él.¹⁰

En ese texto en que la CEPAL hace por primera vez oír su voz en los diálogos en que se debate el rumbo futuro de la economía, es posible detectar algunos signos de que la elaboración de un diagnóstico unificado de los problemas que ha de plantear para toda América Latina su inserción en el orden económico de la segunda posguerra no puede sino estar influida por experiencias previas vividas en un marco más estrecho que el del subcontinente. Así, aunque en el informe que Hirschman bautizó manifiesto latinoamericano Prebisch no dejó de subrayar las modalidades específicas con que esos problemas se planteaban en cada contexto nacional, es innegable que en su argumento estas se presentan como variaciones sobre un tema en que una de esas experiencias nacionales —que es, nada sorprendentemente, la argentina— ocupa decididamente el primer plano. Es fácil reconocerla, por ejemplo, en el papel central que asigna al tránsito de un sistema mundial centrado en Gran Bretaña a uno centrado en los Estados Unidos, que hace que en algunos pasajes el mensaje antiimperialista que algunos denunciaban en él parezca reflejar más bien un estado de ánimo análogo al que en la India era denunciado en esos años como nostalgia de los tiempos

del *Raj*. Pero lo que es aquí un problema de matiz alcanza consecuencias más amplias cuando desde su base santiaguina la CEPAL comienza a elaborar una imagen más pomenorizada del proceso vivido por la economía latinoamericana en el siglo XX en la que —de nuevo nada sorprendentemente— Argentina y Chile ocupan un absoluto primer plano.

Desde la perspectiva de ese extremo más meridional de América del Sur la narrativa se centra en la problemática transición entre un período de “crecimiento hacia fuera”, de rápida expansión económica basada en exportaciones agropecuarias y mineras, ya en pérdida de velocidad cuando la crisis de 1929 desencadena el derrumbe del orden económico mundial que la había hecho posible, y uno de “crecimiento hacia adentro”, en que adquiere papel protagónico la industrialización sustitutiva de los bienes de consumo importados que la contracción brutal de las exportaciones producida por la crisis ha puesto fuera del alcance de esas economías, y todavía que en esa transición subraye sobre todo cuánto la ha facilitado la creación durante la pasada prosperidad exportadora de un amplio mercado consumidor para esos bienes ahora inasequibles, y de redes de transporte y comercialización que están de antemano disponibles para los que han de reemplazarlos. Mientras en este punto esa problemática que se quiere hispanoamericana se apoya sobre todo en la experiencia argentina, el acento que pone en las consecuencias negativas del contraste entre sectores de la economía nacional cuyo nivel de productividad se acerca a hacerlos competitivos a nivel internacional y otros muy vastos en que este es por el contrario extremadamente bajo se inspira sobre todo en la situación de la agricultura chilena, a la que se reprocha no solo que su arcaísmo obligue a erigir altas barreras protectoras para mantenerla en vida sino que por añadidura solo asegure a las poblaciones rurales un nivel de vida que hace imposible que la expansión de la demanda interna ofrezca a la industrialización todo el estímulo que sería deseable.

Sin duda los rasgos de la realidad latinoamericana que ocupan el lugar central en esos primeros diagnósticos de la CEPAL no se dan tan solo en ese rincón austral del subcontinente, pero se presentan fuera de él integrados en configuraciones lo bastante apartadas de las del sur para que nadie deba sorprenderse de las diferencias de acento y matiz que se dan entre esos diagnósticos CEPALinos y el que ya en ese momento Arthur Lewis comienza a esbozar desde su mirador antillano. Pero si bien la presencia de ese otro diagnóstico basado en una perspectiva parcialmente diferente no resta validez a los formulados por la CEPAL desde una decididamente

¹⁰ Gurrieri (1982, vol. I, p. 14).

sureña, conviene tener presente que será esta la que afecte el sesgo que tomará su pensamiento cuando, partiendo de los que son esencialmente balances del pasado más cercano, se disponga a formular propuestas de cara al futuro.

Cuando ello ocurra, las necesariamente cautelosas intervenciones institucionales de la CEPAL se acompañarán de las más explícitas originadas en la constelación de instituciones académicas surgidas en torno a ella. El perfil de quienes integran el personal de esas nuevas creaciones refleja el criterio que ha guiado su reclutamiento, que ve en la economía ante todo una ciencia social orientada hacia el fin exquisitamente práctico de guiar a la sociedad en sus esfuerzos por transformarse a sí misma, que explica el afán que puso Prebisch en incorporar a la CEPAL al sociólogo español José Medina Echevarría, a quien logró atraer desde las filas del exilio republicano en México. Solo dos años más joven que quien lo había reclutado y pronto reconocido también él en ese nuevo ámbito como “un maestro que por su estilo, vigor y edad inspiraba reverencia”, este convencido socialdemócrata asignaba la responsabilidad principal por el catastrófico giro tomado por la historia europea a partir de la primera guerra mundial al giro que Lenin había logrado imprimir a la trayectoria del movimiento socialista, que —aunque no hubiera sido esa su autodefinición originaria— se había revelado hasta entonces capaz de promover modificaciones graduales en el equilibrio social que ofrecían la promesa de otras aún más avanzadas. Frente a esa deriva reformista Lenin no se había limitado a proponer un retorno a las fuentes revolucionarias del socialismo marxista, sino que asignó la tarea de dirigir el movimiento en esa nueva etapa a un nuevo protagonista colectivo, un “partido de nuevo tipo” que en Rusia se encarnó en el bolchevique, y desde entonces la reactivada guerra de clases había dado sus frutos en una sucesión de derrotas de consecuencias cada vez más catastróficas, que comenzaron a vivirse en Europa a partir del triunfo del fascismo en Italia en 1922 y que en España, luego de tres años de salvaje guerra civil, llevaron en 1939 al desenlace que hizo que tanta parte de la vida intelectual española se viera obligada a buscar nuevas raíces en el mundo hispanoamericano.

Esa visión, en que se tornaban explícitos los supuestos que instintivamente habían guiado a Prebisch desde el comienzo de su trayectoria, iba a revelarse profética, en cuanto anticipaba las mutaciones en el contexto tanto político como socioeconómico latinoamericano y mundial que, tras de rescatar a los planteos de la CEPAL de la posición marginal que a duras penas habían podido asegurarse en el momento de su fundación— hasta tal

punto que diez años más tarde parecía haber reunido en torno a ella un consenso casi universal— les iban a oponer un contexto decididamente inhóspito durante la etapa de no menos salvajes desgarramientos políticos y conflictos sociales que iba a seguir a esa breve estación de fugaces esperanzas. A medida que avanzaba la década de 1950 se hacía cada vez más evidente que lo que en el Viejo Mundo había comenzado como una inesperadamente exitosa reconstrucción económica de posguerra se estaba continuando a escala planetaria en una onda expansiva que parecía no tener fin previsible; ese clima de creciente optimismo en torno al futuro era del todo adecuado cuando se pisaba ya el umbral de la etapa culminante de esas *trente glorieuses*, esos treinta años abiertos en 1945 y que en 1979 el economista francés Jean Fourastié iba a evocar nostálgicamente como los más gloriosos en la entera historia de un orden capitalista sobre cuya posibilidad de sobrevivir habían reinado medio siglo antes muy fundadas dudas y que parecía ahora prometido a un porvenir cada vez más brillante.

Pero no era solo el orden capitalista el que parecía contener esa promesa: hasta 1960 la economía del bloque socialista venía creciendo aún más rápidamente que la del que seguía apegado al capitalismo, y no faltaban quienes deducían de ello que ambos afrontaban exitosamente una problemática que les era común, la del desarrollo económico, hasta tal punto que en 1960 W.W. Rostow, en el “manifiesto no comunista” impregnado por el espíritu de la guerra fría que es su *The Stages of Economic growth*, podía presentar el ingreso triunfal de la Unión Soviética en la etapa de desarrollo autosostenido como la culminación de un proceso comenzado en un marco capitalista bajo el imperio de los zares. Un signo de esa renacida confianza en el futuro fue la disposición a apostar sobre él a través de la formulación de las que —luego de disipada esa confianza— iban a ser caracterizadas y a la vez condenadas como “grandes narrativas” en que se buscaba en ese futuro sin misterio la clave para reconstruir el pasado (luego de un siglo largo en que había reinado una mayor prudencia en ese tema, era este un rasgo que el “manifiesto no comunista” de 1960 retomaba del comunista de 1848). En ese clima de renovadas esperanzas la recuperada confianza en el futuro inspiró en el que pronto iba a ser designado como “pensamiento de la CEPAL” una ambición de desentrañar a partir de él los enigmas del pasado, ambición aún más comprensible porque, mientras narrativas como la de Rostow ofrecían solo motivos de celebración a las sociedades del que comenzaba a conocerse como primer mundo, a las cuales ese futuro sólo prometía nuevos

avances de una prosperidad constantemente creciente, leídas desde América Latina incitaban a anticipar no sin angustia el trance que se creía inminente en que el subcontinente habría de jugar el todo por el todo en un esfuerzo supremo por alcanzar ese estadio más alto.

Si los motivos de angustia no faltaban no era porque el crecimiento de América Latina se rezagara respecto del alcanzado en ese primer mundo (en la segunda mitad de la década de 1950 el crecimiento de Brasil llegó a ser el más alto alcanzado fuera de la órbita socialista, y en las dos primeras décadas de la segunda posguerra aun el muy poco brillante desempeño de Argentina le aseguró uno levemente mayor que el de los Estados Unidos), sino porque ni siquiera esas tasas de crecimiento difíciles de superar alcanzaban a reducir sensiblemente la brecha que separaba al subcontinente del mundo desarrollado.

La conciencia de que así estaban las cosas iba a tener por consecuencia que la doble apertura hacia el pasado y el futuro, que no puede nunca estar ausente de las perspectivas de la economía del desarrollo, iba a adoptar en el pensamiento de la CEPAL un sesgo distinto del de quienes encaraban su temática desde el mundo desarrollado. Desde esa Latinoamérica que comenzaba a reconocerse parte del Tercer Mundo la mirada al pasado, que aquí partía de un futuro cuyos rasgos positivos eran menos una segura promesa que una exigencia irrenunciable, se extendía más allá del breve trecho que separa del presente a la génesis y eclosión de la revolución industrial, para descubrir en etapas más remotas las razones por las cuales en la era del desarrollo seguía siendo tan difícil superar el inveterado atraso latinoamericano. En 1958 y 1959 dos libros surgidos en el ámbito de la CEPAL emprendían esa exploración por dos caminos distintos; en *Chile, un caso de desarrollo frustrado* Aníbal Pinto Santa Cruz volcaba en el vocabulario de la economía del desarrollo planteos y diagnósticos madurados en un siglo largo de reflexiones sobre ese atraso, en que valoraba sobre todo los de Francisco Encina, con cuya *Nuestra inferioridad económica, sus causas, sus consecuencias*, publicada en 1912, no se cansaba de proclamar sus deudas; y aunque entre las intuiciones en que abunda la obra de Encina las admirablemente penetrantes se acompañan de más de una excesivamente arbitraria, no hay duda de que encontró en ellas un muy útil inventario de las cuestiones que necesita despejar quien quiera volver a plantearse el viejo y siempre nuevo problema del atraso iberoamericano. En *A formação econômica do Brasil* Celso Furtado tomó un camino distinto: utilizando los instrumentos del análisis económico retrospectivo buscó ubicar de modo preciso el momento en que la econo-

mía de la América inglesa y la portuguesa comenzaron a divergir en ese aspecto, y tras de encontrarlo en las décadas que separan la independencia de los Estados Unidos de la de Brasil comprobó también que aunque a partir de ese momento las tasas de crecimiento brasileñas fueron de nuevo comparables a las estadounidenses, la brecha entonces abierta ya no había de cerrarse. Esa misma conclusión iba luego a alcanzarse para México y la América del Sur de habla hispana, y es tentador concluir de ello que la más temprana independencia de los Estados Unidos le brindó al país del Norte algo más que una ventaja cronológica, en cuanto le permitió incorporarse como participante autónomo a la economía atlántica antes de que el avance de la revolución industrial abriese un abismo entre su centro y la periferia en la que las naciones neoiibéricas se encuentran desde su origen confinadas.

Mientras estas perspectivas maduradas en el ámbito de la CEPAL ofrecían una contribución significativa a la actualización de la problemática y la metodología de las ciencias sociales que en esos años estaba adquiriendo fuerte impulso en América Latina, ellas comenzaban también a incidir en la esfera de la política cotidiana. Un testimonio de ello lo ofreció al mediar la década de 1950 la introducción en su vocabulario del término “desarrollismo”, y apenas ello ocurrió comenzaron a vislumbrarse hasta qué punto incidían en el clima político y social que caracterizó en Latinoamérica a la segunda posguerra todo lo que lo diferenciaba del reinante entre el estallido de la crisis y el fin de la guerra. Mientras en esa etapa dejada atrás Prebisch había podido ejercer un influjo decisivo sobre el curso de la economía argentina, y ello por las dos razones que se han indicado más arriba (por una parte, la ya comprobada incapacidad de los mecanismos automáticos propios de la economía de mercado para poner fin a una crisis cada vez más catastrófica hizo que los mismos sectores de intereses tradicionalmente opuestos a la intervención del Estado en la economía acudieran en desesperación a ella; pero por otra también la instauración de un orden político que —así fuera precariamente— había eliminado el influjo del sufragio universal y limitado fuertemente la capacidad de organización independiente de los sectores populares había tenido un efecto análogo en estos), al abrirse la posguerra la situación había cambiado radicalmente en el primer aspecto, con consecuencias que se hacían sentir también en cuanto al segundo.

Ahora la etapa de dislocaciones económicas abierta en 1929 había quedado atrás, y en consecuencia mientras en 1935 Prebisch y los ministros a los que asesoraba habían podido alegar que sus iniciativas favorables a la

expansión del sector industrial no surgían de preferencias ideológicas o doctrinarias, sino de la constatación de que era ese el único camino que las circunstancias dejaban abierto para que Argentina recuperara algo del terreno perdido; cuando los vencedores en el conflicto bélico incluían entre sus objetivos la restauración del mercado mundial, que de hecho había dejado de funcionar como tal precisamente en 1929, una alternativa al modelo improvisado en los anteriores tres lustros que significara el retorno al que tan bien había servido a Argentina por más de un siglo parecía ser de nuevo viable.

La presencia de esa alternativa, que en Argentina se perfilaba con máxima claridad, gravitaba en mayor o menor medida en casi todo el subcontinente, y alcanzó una incidencia política que entre los países mayores solo pudo ser eficazmente amortiguada en México (que en verdad desde el comienzo de su revolución seguía en este aspecto su propio camino), hacía ineludible a quienes no estaban dispuestos a renunciar a los cambios introducidos en la economía y la sociedad durante la etapa anterior ganar para el modelo industrializador el apoyo de sectores más amplios que el formado por los propietarios de industrias. Fruto de esta necesidad fue el avance de corrientes políticas que retrospectivamente iban a ser conocidas como populistas, que se esforzaron por ganar para la alternativa industrializadora el apoyo de los sectores populares urbanos, imprescindible para sobrevivir a las reticencias crecientes que encontraba entre las clases propietarias. Esa deriva vino a consolidar y acentuar los rasgos que desde su origen diferenciaban el marco social de la industrialización que seguía avanzando en América Latina del vigente en etapas comparables de la revolución industrial que había conocido el primer mundo, en primer lugar entre ellas la presencia de un movimiento sindical cuyos nuevos avances la solución populista debía favorecer, y de esbozos —y a veces más que esbozos— de un derecho laboral que en un contexto político populista no podía sino tener gravitación creciente sobre la concreta experiencia de vida de los sectores populares. Todo eso no podía sino agravar las dificultades de un proyecto industrializador que no gozaba ya, como durante la guerra, de las ventajas derivadas de la eliminación de toda concurrencia proveniente del mundo desarrollado, pero más grave aún era que diez años después del fin del conflicto ese modelo industrializador —basado en la producción de bienes precederos de consumo masivo orientados sobre todo a las clases medias y populares— estaba agotando sus posibilidades de expansión. No es sorprendente entonces que las corrientes políticas identificadas con la alternativa industrializadora sintieran la necesidad de

infundirle un nuevo soplo de vida, y fue esta necesidad la que inspiró el auge de lo que sería conocido como desarrollismo.

El término aludía a la propuesta de abrir una nueva etapa destinada a profundizar el proceso industrializador. Tal como originariamente la había concebido la CEPAL, ella habría de abordar la producción de bienes de capital e intermedios cuando la expansión de la industria liviana hubiera creado un mercado suficientemente amplio para sus productos. Los dirigentes políticos que adoptaron ese atractivo marbete para sus proyectos abrieron esa nueva etapa promoviendo la producción de bienes de consumo durables destinados a los sectores altos y medios altos, y es fácil entender que lo hicieran, ya que la seriedad y la urgencia de la amenaza que para las fuerzas que capitaneaban significaba el incipiente estancamiento del sector industrial hacían particularmente atractivas las propuestas de empresas del primer mundo deseosas de gozar de las rentas de monopolio asequibles en economías industriales cerradas a cualquier significativa competencia externa. Pero si esa estrategia hizo posible la rápida reactivación industrial que se esperaba, capaz de devolver su originario vigor a las corrientes populistas, no se necesitó mucho tiempo para que comenzara a advertirse que las innovaciones introducidas para asegurarles un nuevo lapso de vida estaban abriendo el camino para transformaciones en el marco socioeconómico que había hecho posibles los anteriores avances del populismo, y ello por dos razones que terminaron reforzándose mutuamente. Influyó por una parte que en esas nuevas ramas industriales la producción local, lejos de sustituir importaciones que de hecho estaban casi totalmente interrumpidas desde hacía décadas, obligaba a efectuar otras nuevas, lo que hacía necesario recurrir de modo permanente a inversiones y créditos externos y, en consecuencia, a limitar cada vez más la libertad de decisiones de quienes guiaban la política económica de la nación receptora. Por otra parte el hecho de que esas nuevas ramas industriales —cuyo dinamismo contrastaba con el estancamiento en que continuaban sumidas las que las habían precedido, puesto que no encontraban como ellas el grueso de su mercado en los sectores populares— podían sobrevivir y aún prosperar en medio de redistribuciones de ingresos de sentido opuesto a las que habían comenzado por proponer las corrientes populistas, contribuía también a debilitar el ascendiente político de una corriente que en 1945 había podido parecer dueña del futuro.

A fines de la década de 1950 la presencia de fuerzas externas e internas que contrapesaban con creciente eficacia a las movilizadas bajo el signo del

populismo comenzaba a reflejarse en una permanente puja distributiva entre sectores sociales, interrumpidas por armisticios destinados a quebrarse apenas un nuevo avance de la inflación los tornaba obsoletos, haciendo temer que lo que se había anunciado como una etapa de sin duda difícil transición entre dos modelos industriales se resolviera en una de estancamiento e inestabilidad destinados a avanzar indefinidamente. En el marco de una economía mundial en rápido crecimiento, cuyo ritmo Latinoamérica parecía hallar cada vez más difícil emular, no era sorprendente que se buscara eludir la caída en ese crónico estancamiento, acudiendo a cambios más profundos en las estructuras económico-sociales de la región que los introducidos bajo el signo del populismo, y en 1958 anunció esa ampliación de perspectivas un ensayo surgido del ámbito de la CEPAL y destinado a alcanzar eco tan amplio como prolongado. En “La inflación chilena, un enfoque heterodoxo” Osvaldo Sunkel invitaba a “descorrer el velo monetario” para descubrir las razones estructurales del fenómeno inflacionario, que atribuía a las muy negativas consecuencias económicas y sociales de la baja productividad de la agricultura chilena a las que se ha aludido ya más arriba. Era esta a primera vista una conclusión algo arbitraria, ya que la industria padecía de limitaciones análogas, pero la justificaba el propósito de Sunkel de ir más allá de ese diagnóstico para sugerir un camino de superación para la *impasse* en que estaba encerrada la economía chilena mediante una reforma profunda de economía y sociedad que solo podía partir de la del sector rural.

En 1959 el triunfo de la Revolución Cubana tuvo como efecto inmediato reunir en torno a la agenda más ambiciosa que comenzaba así a esbozarse un consenso latinoamericano que a partir de 1961 comenzó a suscitar ecos de asentimiento en Washington, y ese acuerdo en torno a los problemas básicos que planteaba la realidad socioeconómica latinoamericana lograría perdurar más de lo que se hubiera imaginado posible cuando América Latina se estaba transformando en uno de los campos de batalla en que la guerra fría, desterrada del mundo desarrollado, se preparaba a ensangrentar a los más variados rincones del Tercer Mundo. Así una idea lanzada por Fidel Castro luego de su triunfo, tras de ser recogida por el presidente brasileño Kubitschek en su proyectada Operación Panamericana, terminó por encarnarse en la Alianza para el Progreso que los Estados Unidos iban a proponer a sus vecinos del sur como alternativa a la socialista de la que Cuba se había constituido en abanderada.

En 1960 ese consenso que recogía en lo esencial el pensamiento de la CEPAL parecía triunfar en todas partes. Mientras en Cuba, con el asesoramiento de

Felipe Pazos, la tentativa de romper el estancamiento combatiendo la estrechez del mercado interno mediante una masiva ampliación de la capacidad de consumo de las masas populares logró por un momento ganar para el régimen revolucionario un apoyo casi unánime de la sociedad cubana, en Chile la democracia cristiana llegó al gobierno en 1964 con un programa que recogía lo esencial del pensamiento de la CEPAL, venciendo a una alternativa de izquierda que había hecho suyo uno de análoga inspiración. Ya para entonces la Alianza para el Progreso había tomado por ejes la reforma agraria y la reforma fiscal que Prebisch había propuesto como objetivo a sus discípulos en 1922.

Como es sabido, las cosas pronto tomarían otro rumbo. ¿Por qué la deriva introducida por Lenin en avance del movimiento socialista, que para Medina Echevarría había conducido a las catástrofes vividas en el Viejo Mundo, hacía sentir ahora sus consecuencias en el nuevo? Pero aunque es indudable que a esa deriva debe mucho de lo que tuvo de trágico la etapa abierta con las derrotas sufridas en América Latina por las corrientes tanto revolucionarias como reformistas, desde la que —en el mismo año de 1964 en que la democracia cristiana lanzaba en Chile su revolución en libertad— puso fin en Brasil a la presidencia de João Goulart, hasta la que en 1976 puso en Argentina a la de María Estela Martínez de Perón, cabe preguntarse si no había otros problemas que tenían que ver menos con el contenido del proyecto de la CEPAL que con el lugar desde el cual esta lo proponía, que explican también las dificultades finalmente insuperables que debieron afrontar los esfuerzos por llevarlo a la práctica.

De ello nos han dejado un testimonio conmovedor los tres libros en que Celso Furtado evoca su trayectoria, desde los años esperanzados vividos en el marco de la CEPAL que dan tema a *A fantasía organizada* hasta los cada vez más sombríos de *A fantasía desfeita* y *Os ares do mundo*. Ese testimonio es el de quien, único entre los colaboradores reclutados por Prebisch en la CEPAL, se acercó a ocupar en su país natal la posición que este había conquistado para sí en el suyo; solo para descubrir que era ya imposible guiar desde ella el rumbo del proceso económico-social tal como Prebisch había logrado hacerlo cuando Argentina había debido buscar un nuevo camino en medio de las ruinas dejadas por la mayor crisis del orden capitalista. Y aunque fue el triunfo de una reacción dispuesta a imponerse recurriendo a los medios más salvajes el que hizo que el desenlace brutal del proyecto con que Furtado continuaba el de Prebisch haya dejado en su memoria una huella tan indeleble y amarga, esa amargura no le impidió advertir que el triunfo

de una reacción ciega y brutal no había sido la causa, sino por el contrario la consecuencia de un fracaso que retrospectivamente se le aparecía inevitable.

Así lo señalaba en un texto que data del momento mismo en que como consecuencia del giro autoritario victorioso en Brasil “estaba trasponiendo una línea invisible que marcaría [su] vida definitivamente”.¹¹ En ese texto en que buscaba deducir las enseñanzas implícitas en ese cambio de fortuna que tan duramente lo golpeaba nos recordaba cómo “en las economías subdesarrolladas, el mercado de factores de producción opera en el sentido de la creciente concentración del ingreso, puesto que en la sociedad civil no existen fuerzas capacitadas para oponerse a esa tendencia” y agregaba que el Estado, único que “puede llenar esa laguna, arbitrando entre acumulación y distribución, actuará en una u otra dirección según las fuerzas sociales que lo controlen. Lo que importa señalar es que, cualquiera sea el lado para el cual vaya el sistema de poder —autoritarismo o populismo— la resultante es una situación inestable, pues el exceso de concentración de la renta provoca inestabilidad social y el exceso de distribución frustra el crecimiento”.

Y los hechos prueban que el “esfuerzo de educación política” que podría hacer aceptable la búsqueda del punto de equilibrio entre ambos excesos sería imposible en el marco autoritario impuesto por la fuerza en el Brasil, que “restringe la participación de la ciudadanía en la actividad política y degrada el ejercicio del poder al privarlo de control social”, mientras en la sociedad abierta antes asegurada por la vigencia de un régimen de democracia representativa, “el populismo [hubiera sido] susceptible de perfeccionamiento”¹² ya que hubiera estado aún al alcance de “la práctica política ... indicar los caminos a seguir en la construcción del marco institucional que dé efectividad a las ideas de libertad, bienestar y tolerancia, que son la esencia de la civilización moderna”.¹³

Esa conclusión melancólica y digna es la de quien acaba de descubrir que cuando el Estado en cuyo nombre se había preparado a ejercer en Brasil, como tres décadas antes Prebisch en Argentina, un permanente arbitraje entre acumulación y distribución ha caído bajo el control de fuerzas sociales ahora menos inclinadas a respetar su veredicto que ambiciosas de imponerle el que mejor conviene a los que consideran sus legítimos intereses,

ya no le queda lugar alguno en su país nativo. La creación de sociedades tan decididas a guiar el rumbo de su economía como las que habían ofrecido el modelo que habían querido emular quienes —desde Pombal hasta Prebisch— habían buscado superar el atraso ibérico e iberoamericano se había finalmente completado; pero mientras —como también señalaba Furtado— “en los países industrializados las fuerzas del mercado en principio aseguran el crecimiento económico” en cuanto se ha alcanzado en ellos un “equilibrio de las fuerzas sociales organizadas e insertas en el sistema productivo” gracias al cual “la elevación histórica de los salarios reales retrata la progresiva escasez relativa de la mano de obra”, en los países subdesarrollados la ausencia de ese equilibrio tiene como consecuencia que “el liberalismo —ideología vuelta hacia la preservación del *statu quo* social mediante reformas graduales— fuese sustituido por el autoritarismo” mientras “el socialismo —ideología vuelta hacia la justicia social— se [trasfiguraba] en populismo”. Es difícil para Furtado no deducir de ello un corolario que lo toca demasiado de cerca, y se entiende demasiado bien que quien había contado con continuar el combate que desde hacía dos siglos se venía librando contra el atraso hispanoamericano desde la cima de un Estado que —como venía a descubrir— no era ya capaz de seguir tutelando el rumbo de la sociedad, siguiera reviviendo el revés que en 1964 le había cerrado en su país nativo una carrera tan brillante como la que hasta 1943 había sido la de Prebisch en el suyo propio, con una intensidad de sentimientos plenamente reflejada en los textos que más de un cuarto de siglo más tarde iba a recoger en *Os ares do mundo*.

Como señala Hodara, la mutación del clima tanto político como económico-social latinoamericano que había sacado para siempre de quicio a la trayectoria hasta entonces triunfal de Furtado hacía imposible que las intervenciones de la CEPAL en el debate que ya no iba a cesar acerca del futuro del subcontinente retornaran “al arco profético-caudillesco de Prebisch”.¹⁴ No por eso iba a renunciar a articularlas, ni se prohibiría prolongar sus diagnósticos del presente hacia un futuro ahora más incierto que en los eufóricos tiempos en que lo había escrutado W.W. Rostow, para llegar a conclusiones que tal vez resultasen más certeras que las que este había desplegado en *The Stages of Economic Growth*. Y en este punto quisiera permitirme un recuerdo personal: es el de un seminario ofrecido en Berkeley en 1980 por Osvaldo Sunkel, en que nos anunció que la convergencia

¹¹ Furtado (1993, p. 127).

¹² Furtado (1993, p. 148).

¹³ Furtado (1993, p. 149).

¹⁴ Hodara (1987, p. 229).

entre el mundo desarrollado y el tercer mundo que se había frustrado en la década de 1960 estaba destinada a alcanzarse mediante una mutación de sentido opuesto al de aquélla en que entonces se habían puesto tantas esperanzas, en que el primer mundo adoptaría una versión más opulenta del deplorable perfil de sociedad que había venido ya madurando en su periferia latinoamericana. Si conservo un recuerdo tan vivo de ese seminario es porque recuerdo también mi escepticismo ante esa profecía, basado en la convicción de que Osvaldo —como suele ocurrirles a los economistas— no tomaba en cuenta los obstáculos que a cambios como ese oponen fuerzas de inercia a las que los historiadores somos más sensibles, y mi sorpresa cuando el futuro que él nos anunció comenzó a desplegarse puntualmente a lo largo de las dos décadas siguientes.

Retrospectivamente me parece que hubiera debido sorprenderme menos, dados los signos de un inminente cambio de escena que habían venido ya acumulándose a lo largo de la década que acababa de cerrarse. En 1971 la inconvertibilidad del dólar en oro a una tasa fija, decidida por el presidente Nixon, reflejaba los cambios en el equilibrio de la economía mundial que estaban socavando la posición absolutamente dominante conquistada en ella por los Estados Unidos en el curso de la segunda guerra mundial; en 1973 la primera crisis del petróleo fue un signo aún más ominoso del fin de una bonanza que se había llegado a esperar permanente. Era en verdad algo más que eso: el primer anuncio de que la fórmula económica que había asegurado la prosperidad del primer mundo, que hubiera necesitado para sobrevivir seguir contando con un sobreabundante caudal de materias primas (y en medida menor de alimentos) provistos a muy bajo precio desde su periferia comenzaba a perder su magia, gracias a la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), en una iniciativa de los principales países productores de petróleo que retomaba la dirección de la que medio siglo antes Prebisch había propuesto en vano a los ganaderos argentinos. Como es sabido, la respuesta del primer mundo fue el recurso a una inflación sabiamente medida con el fin de asegurar que el estancamiento provocado por la suba brutal del precio del petróleo no se deslizará hacia una depresión que quienes tenían vivas en la memoria las consecuencias políticas de la que había azotado a la economía capitalista a partir de 1929-1931 estaban resueltos a evitar a cualquier precio.

La inflación a la que acudió el primer mundo para administrar el estancamiento tenía por objetivo inmediato asegurar la perduración del *welfare state* instaurado a partir de 1945 en Europa y de modo menos programá-

tico pero con resultados comparables en los Estados Unidos, juzgada imprescindible para evitar un retorno a las tormentas sociales de esa etapa de pesadilla. Pero el giro que desde entonces tomó la economía iba a revelar bien pronto que la noción —que se había hecho popular durante la pasada bonanza— según la cual quienes desde el Estado seguían la evolución de la coyuntura contaban con instrumentos suficientes para mantenerla en líneas generales en el rumbo deseado, y sólo necesitaban quizá perfeccionar su *fine tuning*, era excesivamente optimista. Así lo iban a revelar las consecuencias siempre inesperadas de los esfuerzos desplegados para mantenerla en ese rumbo, que contribuyeron a alejarla cada vez más de este, pero no lograron encauzarla firmemente en ningún rumbo alternativo. Así, cuando la redistribución lenta pero incesante a favor de los asalariados de un producto interno bruto que ya no crecía como hasta casi la víspera hizo usual el término de tasas reales de interés negativas no faltaron quienes vieran en ello el primer anuncio de un inesperadamente plácido ocaso de la etapa capitalista de la historia mundial; pero cuando las tasas de inflación alcanzaron en los Estados Unidos niveles que lograron alarmar seriamente a la población en su conjunto, y el presidente Carter decidió ante esa situación insostenible dar su apoyo a quienes —según una fórmula que se había hecho súbitamente popular— estaban dispuestos a extraer la inflación del sistema monetario como se extrae el agua de una esponja, el resultado de esa decisión, inspirada por el deseo de salvar lo esencial del orden económico-social surgido en la segunda posguerra, contribuyó a poner a la economía mundial en un rumbo opuesto tanto al esperado por quienes creían asistir a la eutanasia del orden capitalista cuanto al que el propio Carter se había propuesto mantener en vida. No había contado en efecto con la enorme fuerza de inercia acumulada por una gigantesca economía nacional demasiado acostumbrada a la expansión, que lo obligó a afrontar la batalla por su reelección cuando la inflación no estaba aún vencida. Las duras consecuencias de una suba de las tasas de interés que las había llevado ya a niveles hasta poco antes inconcebibles, sin que se divisara en el horizonte signo alguno de que esa victoria largamente prometida estaba en efecto al alcance de la mano, hizo inevitable su derrota a manos de Ronald Reagan, que con contagioso optimismo aseguraba a un país abrumado por presagios sombríos que con solo quererlo podría descubrirse envuelto en las luces de una nueva aurora. Y en efecto su victoria anunció la aurora de una nueva época en que el esfuerzo iniciado en la esperanza de asegurar un nuevo tramo de vida para el orden económico-social surgido en la segunda posguerra iba a ser utilizado para

ofrecer al capital la oportunidad de reconquistar tanto frente al mundo del trabajo como frente al Estado casi todo el terreno perdido desde que la crisis estallada en 1929 había parecido por un momento amenazar la supervivencia misma del orden capitalista.

La primera víctima del brutal cambio de rumbo impuesto de este modo desde el centro mismo del primer mundo iba a ser el bloque socialista formado por Europa oriental y la Unión Soviética, en el que desde comienzos de la década de 1960 la acelerada expansión de posguerra había dejado paso a un estancamiento que no cesaba de agravarse, cuyas consecuencias había buscado aliviar durante los años de bonanza económica y financiera que atravesaba aún el bloque adversario abriéndose a la corriente de créditos e inversiones que desbordaba desde este. Las consecuencias del fin de esa bonanza son fáciles de rastrear en el trasfondo del vertiginoso proceso que llevó a la absorción en el marco de una nación en fiesta del “primer estado obrero y campesino alemán” por la muy burguesa República Federal de Alemania, que en 1989 marcó el comienzo del derrumbe que iba a consumarse en 1991 con la disolución de la Unión Soviética. Ese inesperado cataclismo, que contaba con pocos precedentes en la historia universal, vino a cerrar el ciclo de revoluciones de la Europa moderna con el derrumbe, que se parecía mucho a un suicidio, de la más ambiciosa de todas ellas, inspiró a quienes habían obtenido una victoria tan abrumadora la seguridad de que lo que estaban viviendo era un fin de la historia al que asignaban rasgos curiosamente cercanos a los del comienzo de la historia proclamado inminente por Marx y Engels en el manifiesto de 1848. Convencidos de que en la era que ese desafortunado triunfo acababa de abrir la humanidad se regiría hasta el fin de los tiempos por los principios canonizados en la versión pura y dura del credo económico, pero también del político y social que había guiado la vigorosa etapa juvenil del orden capitalista, no lo estaban menos de que el modelo económico vigente durante las más gloriosas tres décadas en la entera trayectoria del capitalismo acababa de ser condenado también él por el veredicto inapelable de la historia, y era innegable que tanto en Europa como en los Estados Unidos las fuerzas políticas que se mantenían apegadas a ese modelo habían quedado acorraladas en una defensiva que, en busca de salvar lo salvable, parecía resignada a entregar una posición tras otra a un adversario cada vez más seguro de sí.

No es sorprendente que en América Latina la década de 1980 fuese luego recordada como una década perdida. Aún más despreocupadamente que los países del bloque soviético, los latinoamericanos habían recurrido al so-

breabundante crédito externo; aun México y Venezuela, aunque beneficiados por la bonanza petrolera, cuando la del crédito tocó a su fin se descubrieron tan abrumados como sus menos afortunados vecinos por deudas que no podían saldar y que no siempre encontraban fácil renovar, ni siquiera a las exorbitantes tasas de interés que habían reemplazado a las demasiado tentadoras antes vigentes.

Al abrirse esa década el giro autoritario se había extendido ya a los tres países del extremo austral de la América Latina; en ellos —a diferencia de lo que había ocurrido en el Brasil, donde el giro militar-autoritario había logrado destrabar el avance del proyecto desarrollista, cuando este se reveló incapaz de superar los obstáculos que encontraba en su camino en un marco político de democracia representativa— era el retorno liso y llano al modelo económico vigente en la etapa de desarrollo hacia fuera el que buscó imponerse bajo el signo de un terrorismo de Estado que en Chile y Argentina (y algo más matizadamente en Uruguay) alcanzó niveles hasta la víspera impensables en la región.

Esos regímenes que lo habían jugado todo al éxito de un proyecto económico que se reveló finalmente insostenible iban a sufrir duramente las consecuencias de un clima financiero infinitamente más inhóspito que en los Estados de bienestar florecidos en Europa durante la pasada bonanza: sus deudas externas siguieron creciendo tan velozmente como en la etapa anterior, ahora a través de renovaciones que no allegaban nuevos recursos a sus economías nacionales, y solo lograban posponer el día del inevitable ajuste de cuentas al precio de hacerlo aún más doloroso. La decadencia de los regímenes autoritarios provocada por las consecuencias de ese inesperado —aunque del todo esperable— cambio de fortuna abrió paso a transiciones políticas que solo en Argentina lograron imponer ya al abrirse esa década una plena restauración de un régimen de democracia representativa, al que tocó encarar la tarea imposible de administrar el legado financiero, allí particularmente abrumador, de la pasada gestión militar. Para entonces en la mayor parte de las naciones latinoamericanas, incluidas las que no habían debido sufrir el terrorismo de Estado, el legado de la pasada bonanza, aunque menos opresivo que en Argentina, hacía aún más difícil afrontar las secuelas del que era cada vez más fácilmente reconocible como un irreversible cambio de época, y no solo por cierto en la esfera de las finanzas y la economía.

En ese contexto nuevo el “pensamiento de la CEPAL”, que desde 1949 había venido acompañando con sus explícitos diagnósticos y menos explícitos pronósticos la trayectoria de las economías y sociedades

latinoamericanas, iba a ofrecer a través de la contribución de Fernando Henrique Cardoso una imagen por así decirlo póstuma de la etapa que acababa de cerrarse, apoyándose en la cual el mismo Cardoso iba a proponer no solo una más modesta agenda de cambio alternativa a la que la CEPAL de Prebisch había hecho suya, sino también modos de acción orientados a llevarla a la práctica, también ellos alternativos a los que el mismo Prebisch había buscado instrumentar con ese propósito a lo largo de su entera carrera pública.

En 1968, cuando la intensificación de la represión política e ideológica por parte del régimen instaurado cuatro años antes en Brasil obligó a Cardoso a encontrar refugio en el ámbito de la CEPAL, este traía ya incorporados a su visión de la problemática brasileña y latinoamericana motivos recogidos de las contribuciones cepalinas, mientras por otra parte su formación como sociólogo bajo el signo de Marx a la vez que de Weber mantenía una estrecha afinidad con las perspectivas que en ese campo Medina Echeverría había introducido en la CEPAL. El primer fruto de su temporaria incorporación a esta fue el informe en colaboración con su colega chileno Enzo Faletto, que dio al año siguiente origen a un breve libro, *Desarrollo y dependencia en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, destinado como es sabido a suscitar ecos hasta hoy no extinguidos, en que es posible columbrar ya el camino que Cardoso había de emprender apenas comenzó a dejarse atrás la etapa convulsa en que reforma, revolución y reacción volvían a disputar por el futuro de Latinoamérica con una intensidad desconocida desde que había quedado atrás la crisis de independencia.

Lo que en el libro de 1969 anticipaba la dirección que iba a tomar después Cardoso era sobre todo la puntillosa distancia que ese ensayo de interpretación sociológica se esforzaba por mantener con las explicaciones globales del atraso latinoamericano surgidas bajo la inspiración de las rivales filosofías de la historia en las que se apoyaban (aunque no siempre explícitamente) esas alternativas enzarzadas en mortal combate. Esa distancia se reflejaba en su negativa a oponer teoría alguna de la dependencia considerada como fenómeno global a las que ya se disputaban el terreno; a todas ellas objetaban por igual Cardoso y Faletto que lo que la experiencia ofrece es una multiplicidad de situaciones de dependencia que están lejos de compartir todos sus rasgos. Partiendo de esa premisa, iban a esbozar una tipología de esas variadas situaciones, en la que tomaban sobre todo en cuenta el equilibrio, en cada caso distinto, entre las fuerzas e influencias que esgrimían los agentes exteriores del proceso que

conducía al subdesarrollo y aquellas con que podían contar los sectores localmente dominantes cuyo apoyo les era indispensable para asegurar la continuidad de ese proceso, apoyándose para ello en una muy concisa reconstrucción de las experiencias históricas a través de las cuales esas situaciones habían alcanzado a madurar. Más que las conclusiones a las que llegaron en cuanto a unas u otras de esas situaciones, nos interesan aquí otras premisas en las que implícitamente se fundaba la que proclamaba la multiplicidad de las “situaciones de dependencia”. Tras de la convicción de que al subdesarrollo es posible llegar por caminos distintos, destinados a dejar su huella en el perfil de las economías y las sociedades forjadas en ese avance, es fácil descubrir una convicción más general acerca de los mecanismos a través de los cuales avanza todo proceso histórico que es del todo incompatible con cualquier filosofía de la historia. Esta a su vez llevaba implícito un corolario inmediatamente relevante en el plano de la acción: a saber, que aún después de que la anunciada “década de decisiones” que había sido la de 1960 se había cerrado del modo más catastrófico imaginable, ese cierre marcaba no un fin de la historia, sino un punto de inflexión que aunque innegablemente negativo no había logrado expulsar de la escena a quienes acababan de sufrir la más dura de las derrotas.

Y apenas comenzaron a despuntar los primeros signos de que en Brasil el régimen militar-autoritario se preparaba a entrar en su fase descendente, Cardoso dedujo de ese diagnóstico de la derrota un corolario que lo afectaba aún más personalmente, y era este que —antes ya de que fueran plenamente restauradas las libertades que el autoritarismo había cercenado— había llegado para él la hora de la política, en la que su papel no sería por cierto el de ofrecer los argumentos para ese “esfuerzo de educación política” que Furtado juzgaba indispensable para persuadir a una sociedad dividida contra sí misma de que solo una solución alejada por igual de los “excesos” del autoritarismo y el populismo le permitiría escapar del laberinto en que se había encerrado, sino el de jugar a suerte y verdad el destino de su propuesta de futuro en un combate destinado a librarse en la arena política. Como todos sabemos, esa apuesta que podía parecer desesperada resultó inesperadamente exitosa, sin duda porque nuestro colega reveló contar no solo con una comprensión muy certera de los límites que el nuevo orden socioeconómico mundial entonces en rápido avance fijaba a las iniciativas de quienes no habían renunciado a continuar en ese contexto ahora cerradamente adverso el combate por sus objetivos

de siempre, sino también con una inesperada destreza para moverse en el terreno de la política cotidiana.

Pero si la trayectoria de Cardoso probaba que, una vez dejado atrás el contexto vigente a lo largo de los dos siglos durante los cuales se habían sucedido tantas propuestas destinadas a superar el atraso latinoamericano, quienes aspiraban a seguir avanzando en la huella de esa ilustre tradición tenían abierto un camino para ello si se decidían a hacerlo desde el terreno de la política democrática, la irreversible caducidad de ese contexto planteaba el mismo problema a la CEPAL, que tenía desde luego cerrado el camino escogido por Cardoso, y que en medio de circunstancias hondamente transformadas debía encontrar un modo eficaz de seguir desempeñando la función que Prebisch le había asignado, introduciendo una perspectiva latinoamericana en los debates en torno al orden económico-social que estaba entrando de nuevo, como al término de la segunda gran guerra del siglo XX, en una etapa de cambios radicales.

No iba a ser tarea fácil la que le tocaba en suerte. Si la década de 1980 había sido la que había asistido a la abrumadora victoria del mundo empresario y financiero tanto sobre el del trabajo como sobre el Estado, al abrirse la siguiente el derrumbe del llamado socialismo real en su originario foco euroasiático fue visto por quienes se identificaban con el credo vencedor como una confirmación de la validez irrefutable de las doctrinas tanto económicas como sociales y políticas canonizadas en ese credo, que en los debates en los que la CEPAL no renunciaba a participar pasaron a formar el núcleo de una nueva ortodoxia muy poco dispuesta a reconocer legitimidad alguna a cualquier opinión disidente.

En ese contexto por demás ingrato la CEPAL asumió el papel de un observador escéptico, que para responder al prepotente avance de la nueva ortodoxia ideológica invocaba el hiato cada vez más evidente entre los efectos de las políticas inspiradas por esta y los que esa

ortodoxia se había prometido alcanzar. Y cabe agregar que, confirmando la validez de esa línea argumental, en la década de 1990 las economías de Chile y Brasil, que aplicaron en el ámbito económico-social políticas que reflejaban esa misma distancia escéptica, fueron las excepciones de más bulto en el panorama bastante desolador ofrecido por el desempeño de las economías latinoamericanas en esa década para más de una de ellas aún más perdida que la precedente.

Al abrirse el nuevo milenio era ya indudable que el cambio de signo en las relaciones entre el Estado y los sujetos colectivos que habían ocupado el centro de la escena en el marco de la sociedad industrial, lejos de anunciar el fin de la historia, había abierto el camino para una gigantesca mutación histórica cuya meta final era aún imposible adivinar, pero cuyo curso se prestaba cada vez menos a confirmar las sencillas moralejas que se obstinaba en deducir de él esa nueva ortodoxia. Y hoy, aunque esa meta permanece en sombras, es aún más claro que la etapa en la que estamos avanzando se prepara a introducir cambios destinados a exceder en mucho, tanto en su profundidad como en la amplitud de su ámbito de incidencia, a los ya muy sorprendentes que estamos viviendo, y que tanto quienes sostuvieron esa efímera ortodoxia como quienes la están viendo disiparse con alivio están asistiendo a las primeras escenas de un drama cuyo argumento está aún por revelarse.

Ante ese presente sombrío y ese porvenir incierto ¿cuál puede ser hoy el papel de la CEPAL? Quizá el que fue ya el suyo en las dos décadas finales del siglo pasado, en que se preparó todo lo que ahora estamos viviendo, seguir dando testimonio de su lealtad —para decirlo con palabras de Celso Furtado, en las que es solo necesario cambiar el tiempo verbal— “a las ideas de libertad, bienestar y tolerancia, que *fueron* la esencia de la civilización moderna”.

Bibliografía

- Fundación Raúl Prebisch (1991): *Obras de Raúl Prebisch*, vol. I, Buenos Aires.
- Fundación Raúl Prebisch (1992): *Obras de Raúl Prebisch*, vols. II y III, Buenos Aires.
- Furtado, C. (1993): *Los vientos del cambio* [título de la versión en español de *Os ares do mundo*] México, Fondo de Cultura Económica.
- Gurrieri, A. (comp.) (1982): *La obra de Prebisch en la CEPAL*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Halperin Donghi, T. (2004): Entrevista con el Dr. Ernesto Malacortto, 1971, *La República imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel.
- Hodara, J. (1987): *Prebisch y la CEPAL. Sustancia, trayectoria y contexto institucional*, México, El Colegio de México.